EL 125o. ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CALDAS

POR ARMANDO DUGAND

En la mañana del 29 de octubre de 1816, en la Plaza de San Francisco, de Bogotá, un pelotón de ejecución compuesto de soldados del ejército expedicionario español dueño del país y bajo el mando del Pacificador Morillo y de su lugarteniente Enrile, borró con descarga fatal la vida de uno de los más ilustres próceres de nuestra patria.

Tras un sumarísimo juicio en consejo de guerra, en el que se ignoraron por completo sus excelsas aptitudes científicas, sus grandes merecimientos y las importantes labores que desarrollara en el estudio de la naturaleza de la Colonia, Francisco José de Caldas fue pasado por las armas, hincado de rodillas y con la espalda vuelta hacia sus verdugos, cual un vulgar traidor. Su crimen grande fue el de haber abrazado la causa de nuestra independencia y contribuído con sus luces y su genio fecundo a la solución de algunos problemas militares, improvisando molinos de pólvora y piezas de artillería y haciendo cartas geográficas en favor de las fuerzas patriotas.

Dejó de existir el esclarecido hijo de Popayán a los cuarenta y cinco años de edad, en la flor de la vida.

La obra de Caldas apenas se conoce hoy de manera incompleta en el mundo científico, porque sólo se publicó en parte, ya en el *Correo Curioso,* periódico dirigido por Lozano, Azuola y otros, el segundo que se publicaba en la Colonia, ya en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada,* órgano éste del que fue fundador y editor el mismo Caldas, y en el cual colaboraron muchos hombres estudiosos de la época, no pocos de ellos destinados a morir más tarde en el cadalso. Más sabemos de sus inquietudes intelectuales y de sus admirables descubrimientos por las numerosas cartas particulares, llenas de entusiasmo científico, que él escribió desde Popayán, Quito y Santafé a sus amigos y protectores: Mutis, Arboleda, Pombo y sobre todo a don Santiago Arroyo, y por sus extensas y detalladas *Memorias,* entre las cuales se destacan por su valor científico la descripción del método descubierto accidentalmente por él para medir la altura de las montañas por medio del termómetro y el agua hirviendo, sus acertados comentarios y observaciones sobre el influjo del clima en los seres organizados y sobre la distribución geográfica de las plantas en las regiones tropicales, precursores de

las modernas ciencias ecológico-biológicas; sus instrucciones sobre el uso de ciertos instrumentos de óptica astronómica, sus apuntes minuciosos sobre la geografía del Reino y, en lo que a la Botánica Sistemática toca, las descripciones de muchas plantas nuevas, que desafortunadamente quedaron inéditas.

En tales documentos se advierte un descomunal espíritu de observación y de cálculo, unidos a un concepto genial de ciertos fenómenos naturales y de sus causas; en todas sus epístolas, engalanadas por una prosa castiza de estilo brillante, Caldas exterioriza una inteligencia y erudición vastísimas. No pocas veces se lamenta amargamente de la falta de elementos para sus estudios, y en otras ocasiones expresa en sentidas frases su insaciable sed de sabiduría y quéjase porque la pobreza de sus medios le roba oportunidades preciosas de poder arrancar a la naturaleza virgen de este Reino sus secretos más íntimos. Esto llega a ser en él como una obsesión.

No conocía Caldas la ociosidad y huía de las frivolidades mundanas; las plantas raras, las aves, los peces y demás animales vivos y fósiles, el curso de los ríos, la elevación de las montañas, los meteoros, el movimiento de los astros, las producciones naturales, los usos y costumbres de los habitantes de cada región llenan todos sus momentos, a tal punto que el estudio fue para él, puede decirse, una necesidad biológica tan imprescindible como el comer y el respirar.

Gran parte de las colecciones atribuídas a Mutis se deben a la incansable actividad del sabio payanés; cuando Caldas vino a Bogotá a encargarse del Observatorio Astronómico, llamado expresamente por Mutis, trajo un herbario de cerca de seis mil plantas disecadas que él recolectó en el suroeste de Colombia y en el Ecuador, dos volúmenes manuscritos de descripciones botánicas, semillas, cortezas y raíces útiles, minerales, un número considerable de observaciones meteorológicas y astronómicas y, con otros datos geográficos importantes, los de la elevación de más de mil quinientos pueblos, sitios y montañas. Todo ello, englobado en el acervo de documentos inéditos de la Expedición Botánica, fue confiscado por el General Morillo y despachado a España, perdiéndose así el fruto de largos años de investigaciones realizadas en comarcas salvajes y climas inhóspitos y con ello la oportunidad de llevar a cabo la suprema ambición de Celestino Mutis: la publicación de la Flora del Nuevo Reino de Granada, en cuyas páginas hubiera brillado con singular destello la estrella de Caldas, al lado de la del ínclito gaditano, sin que ninguna opacara a la otra.

Cuán grande hubiese sido la fama de Caldas en el mundo entero, y por ende el prestigio científico de Colombia, si las balas de Morillo no hubieran tronchado, cuando ya florecía, la existencia de aquel hombre modesto y austero, fuente de sabiduría extraordinaria, cuyo cerebro privilegiado no ha tenido par en nuestro continente! El mismo Barón Alejandro de Humboldt, quien compartiera con Caldas los afanes de muchas expediciones botánicas en las cercanías de Quito, reconoció las capacidades intelectuales del entonces jo-

ven aficionado a la física y las ciencias naturales, y manifestó la admiración que le causaba el que un joven americano, "nacido en las tinieblas de Popayán", sin otra ayuda que la de su inteligencia e ingeniosidad, con instrumentos fabricados por él mismo, se hubiera elevado hasta las más delicadas observaciones de la astronomía y tomado alturas correspondientes con tal precisión, que la mayor diferencia no pasara de cuatro o cinco líneas respecto a los datos obtenidos por Humboldt con los mejores instrumentos de la época. "Qué habría hecho este genio —exclama Humboldt— en medio de un pueblo culto y qué no deberíamos esperar de él en un país en que no se necesite hacerlo todo por sí mismo!"

Colombia no ha sido ingrata con los manes de su Sabio; uno de los más ricos y pujantes Departamentos lleva su ilustre nombre, como lo llevan varias poblaciones y muchas calles, avenidas y plazas; la veneración popular ha fundido en bronce la efigie del mártir y ésta aparece también en varias emisiones de sellos postales colombianos. El Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, que reclama para sí el derecho de custodiar la tradición científica de Caldas, ha dedicado este Boletín a la memoria del primer sabio naturalista y físico colombiano, y adoptado su preclaro apellido como título, dándole la desinencia eufónica que es de rigor en las ciencias biológicas.

Pero seríamos inconsecuentes con nuestros propósitos si dejáramos transcurrir la fecha del 29 de octubre del presente año, en que se cumple el 125º aniversario de su lamentable sacrificio, sin sugerir a la nación que rinda un homenaje de admiración al que fue una de sus más puras glorias.

Faltan menos de diez semanas y no es tarde para hacer un llamamiento a todos los colombianos, y en especial a las altas corporaciones legislativas y autoridades ejecutivas del país, a la prensa escrita y radiada que siempre ha sabido acoger con entusiasmo y promover activamente las iniciativas patrióticas de esta índole, a los directores y maestros de todos los establecimientos docentes, a las sociedades cívicas y científicas y particularmente a las Academias de Ciencias y de Historia, para que se organicen y lleven a cabo en aquella próxima fecha, actos solemnes adecuados a la importancia de la efemérides y dignos de la memoria del eximio sabio mártir.